

predisposición, por la costumbre y por muchos otros motivos que no hay necesidad de ir a buscar fuera de él. Nada más.

Y ahora me dirá alguien:

—Ya que usted ha intentado darnos una explicación científica de la poesía, ¿por qué no nos da también una definición?

Pero, ¿para qué definición? Yo no he intentado, al escribir este artículo, buscar o crear una definición de la poesía y si empecé hablando de definición, fué porque hay que empezar de alguna manera, sobre todo cuando se trata de divagar. Una explicación me parece más útil que una definición. Además, toda definición sería literaria y peligrosa. Cierta vez le dije a un escritor, amigo mío:

—Paul Valéry dice que la poesía es una vacilación entre el sentido y el sonido.

Y él me respondió:

—De ahí a la Casa de Orates, no hay más que un paso.

Cada época literaria tiene, no diré su definición de la poesía, sino su sentido de la poesía y cada poeta de cada una de esas épocas tiene, a su vez, su sentido propio, personalísimo. Sin embargo, en cierta poesía, como en la poesía pura, por ejemplo, que no es una creación de nuestro tiempo, sino que aparece más o menos intensamente en cada época literaria, el sentido de ella se continúa sin variantes apreciables.

Tal vez en mi divagación se echen de menos ciertos matices, ciertos detalles, pero esos matices y esos detalles pertenecen más a la creación literaria de la poesía que a su fenómeno primero. De ellos procuraremos hablar en algún segundo artículo sobre la poesía y el poema.—M A N U E L R O J A S.

El gregarismo en el arte

EN el panorama intelectual universal, y especialmente en América, subsiste la entonación polémica entre un arte humanizado y un arte deshumanizado, arte individualista contra arte societario. Diego Rivera, en México, afirmó que todo arte proletario es arte burgués. Rivera rinde tributo a la hora socializada que vive el mundo, pero quedará de él lo que haya de genérico, de humano, no la simple formalidad adscrita a un determinado intento de estética proletaria. Es comprensible, en México, la intención socializadora, de carác-

ter revolucionario. La posición de México es típica, no sólo por su tradición sino por la lucha permanente, siempre abierta, entre la masa y el latifundismo, que crea los conflictos sociales. Por otra parte, el imperialismo económico yanqui echa una sombra sobre los países desvalidos del continente Sur, del que México parece ser una avanzada temeraria. Es natural que se proclame una especie de confederación artística de carácter defensivo, fuertemente nacionalista. Problemas externos e internos concurren a robustecer esta forma específica de un arte que atenta contra la libertad de creación. El arte es el arte, en su expresión de humanidad y de sinceridad, a despecho de todas las escuelas e *ismos* que aspiran a una función niveladora o dogmática.

Conviene no olvidar la situación gregaria del mundo, cuya tendencia se orienta a borrar la individualidad, la libre voluntad humana. Hacia donde se eche la mirada no se encuentran sino masas humanas, dóciles y obedientes al conformismo societario. Rusia da un ejemplo de esta verdad. Quiere hacer del arte un simple esfuerzo de entonación social. Rusia crea o aspira a crear un arte comunista. Es decir, quiere que el mecanismo de la creación artística esté supeditado al estado como si fuera la rueda de un vasto engranaje. Cuando surgen resistencias individuales, cuando el hombre creador se levanta de sobre el haz de la monotonía, se le neutraliza. Las creaciones literarias inmediatamente posteriores a la revolución, como las de Fedin, Pilniak o Ivanov, son los postreros alientos del individualismo artístico.

Así como social o políticamente, en otros sectores, no se toleran las energías o los impulsos de rebeldía individual, la estética nueva vive sometida a la fuerza gregaria. Es la cenicienta del estado colectivo que no tolera las pasiones o las alegrías sino en comunidad. Obsérvense las relaciones entre los individuos: son rígidas y tiránicas, sujetas a la sospecha y al equívoco. El menor intento de independencia del pensamiento es luego sometido al diapasón común. Las leyes están calculadas para nivelar las cifras humanas, para envolverlas en una red complicada de la que resulta la obediencia sin examen ostensible. Las masas se mueven ciegas y frenéticas. El Estado tal como se ha conformado en algunos países o tal como se le quiere propagar sobre el mundo, ha borrado en unose intenta borrar en otros la vida privada, la vida interior. Las masas gregarias no saben de vida interior, no pueden saborearla, porque los individuos que las componen viven recelándose entre sí.

Violada la estancia en donde el hombre se recluye para pen-

sar o reflexionar, desaparece la creación artística, el elemento puramente estético, para dar paso a las formas artísticas subalternas de la propaganda o del arte convencional y fragmentario. Arte fronterizo con la pesadez y el mal gusto. De ahí que en los países gregarios se llame ociosos a los artistas. No pueden tolerar al creador, porque prima en aquellos el instinto de la multitud y la fuerza de la mediocridad. Se aspira a nivelar las mentalidades, a llevarlas como engarfiadas, por un anillo, de la nariz. Muchas de las manifestaciones nuevas del arte carecen de médula, de vitalidad. Está en ellas, patente, la atmósfera del gregarismo o lo que es lo mismo, ausencia de reflexión, de pensamiento. Pero por un fenómeno singular y contradictorio, esas formas del arte se alejan cada vez más de la comprensión general. El hombre se busca a sí mismo, desesperadamente, a través de las creaciones artísticas. Busca el deleite. Busca aun el propio dolor. Conviene, además, no olvidar que quienes hablan con exceso del dinamismo, como expresión de modalidad artística o social, no lo relacionan con la voluntad de afirmación humana, ascendente, sino como la exteriorización superficial y vana del cascabel. Cuando expresan que el arte es un *sport* dan la razón al gregarismo. La música de moda, por ejemplo, nos da de ello un ejemplo inmediato. Es la interpretación del instinto, es decir, de lo que más subalterno tiene el individuo. No provoca sino sensaciones medulares y próximas, las mismas que exige la masa para ser sacudida en comunidad. Lo más visible, lo más palpable en la masa es el instinto, el apetito, y por tanto es preciso sacudir los apetitos con un *mínimum* de prodigalidad artística. La creación artística, limpia, diáfana, vital no puede destacarse en un medio en que resuenan las estridencias desarticuladas e inconexas del jazz.

Pero el jazz es la moda, el tributo a la filosofía voluble del tiempo, y se le paga con la vida interior y la reflexión el tributo exigido. Se comprende que las escuelas y tendencias envejezcan tan pronto. Únicamente sobreviven de ellas las creaciones en que late la cordialidad de la emoción humana, o lo que es lo mismo, cuando está en ellas presente, vivo y plenario, el hombre que arrastra su cadena de dolor, de goce o de energía creadora.

Norte América presenta el caso típico de inconformidad del artista creador con el ambiente. Quizá en ninguna sociedad humana existe como allí la multitud gregaria, la tiranía absorbente del societismo que ata a los individuos a la cadena de la mediocridad. La materia es allí densa y trágica, como que está amasada por prejuicios de razas, por las hipocresías del puri-

tanismo, por la moral agujereada de las prohibiciones, por el frenesí de los goces que derivan de la riqueza, por la tragedia de la riqueza misma que es el océano hacia donde afluyen los tributos de todo el mundo. A pesar de ello, sus artistas y pensadores son individualidades rebeldes, descontentas, porque aspiran a crear sobre el materialismo imperante una mentalidad superior. No transigen con el medio por horror a la mediocridad. Luchan en libros fundamentales por crear, como dice Randolph Bourne, «en el ciego caos de la sociedad americana, un orden de cultura libre, armonioso, con poder de expresión». La sátira y el examen crítico son penetrantes, a veces duros y violentos. El escritor americano joven no teme la ira del medio. Está colocado en el centro de un mundo poderoso, en una sociedad que podría aplastarlo fácilmente a causa de la maraña intrincada de los intereses creados. Y esta misma evidencia parece ser un acicate que lo impele a luchar contra el imperia- lismo, contra la tiranía mercantil, contra la desmoralización que fluye de la riqueza. Así Menckèn, Waldo Frank, Brooks. Son espíritus sinceros e indóciles que aspiran a construir una existencia más libre, despojada de mentiras y falsos valores.

Las creaciones artísticas son compatibles con estados sociales en los que es posible la existencia del artista. Cuando una sociedad demasiado mercantilizada o sacudida por las llamadas rebeliones dinámicas intenta nivelar las mentalidades, se produce fatalmente el eclipse espiritual. La sociedad queda reducida a un camino decorado por rascacielos uniformes, pero vacíos de luz y de magnificencia interior. La exterioridad no conmueve sino a los gregarios. El artista necesita una atmósfera propicia para crear. Puede ciertamente el societismo dar la impresión del optimismo, pero luego se comprende a qué precio se le ha logrado. Si se observa la tragedia sexual se verá hasta qué punto ella no es más que un derivado del instinto gregario. Hombres y mujeres viven sacrificados a la multitud, absorbidos por ella. Pierden su individualidad, puesto que el medio los relaja insensiblemente y los adapta a una fórmula niveladora que, en resumen, no viene a ser sino biología. Todas las formas externas concurren a este fin. Por eso son pocas, por no decir escasas, las tragedias de carácter sexual que logran conmover hondamente a los espíritus. El instinto de multitud penetra también en el matrimonio y lo sacude en sus cimientos. Aquellos que reposan sobre una base engañosa se descomponen rápidamente y sus componentes salen a mezclarse con el gregarismo.

La creación artística individual es incompatible con el estado

gregario que aspira a producir un arte propio, sin médula, vacío de cordialidad humana. En cambio, el artista creador, el que tiene la conciencia de su labor, que crea siguiendo un ritmo interior fervoroso, no puede conformarse con un medio que lo condena a la nivelación. Se produce así la contradicción entre el espíritu del artista y la multitud que camina desesperada a satisfacer sus apetitos y ambiciones materiales. Esta contradicción es singularmente trágica en los países de América, en los que a veces el verdadero artista está supeditado por los albañiles, por aquellos que saben mover mejor los pies—expresión externa—al ritmo de la música que les tocan.—JULIÁN SOLER.

Crónica de espectáculos

«GUILLERMO ROLDÁN», COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS
POR BARTOLOMÉ SOLER, PRESENTADA POR LA COMPAÑÍA
ALEJANDRO FLORES

EN el Teatro de la Comedia ha presentado Alejandro Flores ésta que es la primera obra teatral de Bartolomé Soler, el escritor español que se encuentra entre nosotros desde hace algún tiempo. Un numeroso público ha concurrido al espectáculo, recibéndole cariñosamente, sin que a nuestro juicio haya podido comprenderlo. Y esto, en primer lugar, porque *Guillermo Roldán* es una comedia de finos matices psicológicos, que requiere un público disciplinado, familiarizado en este género y, más que todo, porque al presenciar la versión que ofrece nuestro primer conjunto nacional no ha conocido más que la mitad, todo lo más unos dos tercios de la obra.

Soy el primero en reconocer que Alejandro Flores ha acometido una empresa de gran aliento y ha cumplido una tarea patriótica al formar una compañía seria, constante, para la presentación de comedias, con elementos chilenos que anteriormente sólo se dedicaban al sainete de brocha gruesa y ambiente campesino, o al dramón truculento. Pero acaso fuera preferible resignarse a no tener compañía nacional de comedias y reconocer que nuestros actores y actrices no tienen condiciones para